

El Péle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

| SUBSCRIPCIONES: | | |
|-----------------|---------|------------|
| España | 1 año | 7'50 ptas. |
| | 6 meses | 4 |
| Unión postal | 1 año | 10 |
| | 6 meses | 5'50 |

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, París.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



El carro del progreso y de la civilización ¿avanza ó retrocede?

—Si sois conservador, haced girar con rapidez y circularmente este dibujo, colocándolo plano, de izquierda á derecha, y veréis cómo el carro retrocede. Si, por el contrario, sois republicano liberal, hacedle dar vueltas de derecha á izquierda, y observaréis cómo avanza.

UN CAZADOR TERRIBLE

Quiero contarles hoy á mis jóvenes lectores de **El Pêle-Mêle**, no un cuento de hadas sino una historia verdadera, tan maravillosa como pudiera crearla la imaginación del mejor cuentista. Es una página de la vida de un ser diminuto, de un insecto cuyo nombre conocéis sin duda y que fácilmente podéis ver en los campos, pues abunda mucho en nuestros países.

Leed con atención el relato y comprenderéis cómo la Naturaleza nos ofrece á cada paso los espectáculos más extraordinarios

impuso; y si mostráis tendencias á la vanidad ó al orgullo, no haréis más que ponerlos en ridículo.

El animalillo de que deseo hablaros es la «hormiga-león». Pero no creáis que se parezca á una hormiga ni á un león tampoco... Ved cómo nos la representa el amigo Carsten en este dibujo:

Una cabeza plana, cuadrada y potente, armada de dos fuertes mandíbulas; es la parte importante de su organismo. Luego un cuello en extremo móvil, un abdomen

consideradas como los más inteligentes acaso de todos los animales.

No obstante, la hormiga-león alcanza su objeto, y como que las hormigas forman la base principal de su alimentación, de ahí el nombre con que la conocemos.

¿Tenéis curiosidad de ver su manera de operar? Pues observemos sus maniobras:

Ante todo, ved cómo viene al mundo. Bajo la arena que puede observarse con una buena lente, notamos que se produce un ligero movimiento. ¿Qué ocurre? Es una joven hormiga-león que acaba de salir de un huevo depositado allí por su madre en la estación precedente. El animalito escarba la arena con sus patas y se muestra á la luz del día...

En seguida, vedle en disposición de andar, con los ojos muy abiertos y despabilados; se frota, se limpia con singular esmero, y no tarda en sentir hambre. ¡Diablo!... el caso es que no hay por allí nodriza ni biberón, ni criados, ni amigos, ni parientes. Su misma madre hace tiempo que partió, abandonando al pequeñuelo á su destino... Por lo demás, ya sabe que aquél no tendrá necesidad de ella.

Fácilmente imagino la mueca que haríais, jóvenes amigos míos, si al venir al mundo os encontraseis en semejante situación, vosotros que no llegáis á subsistir ni á bastaros sino tras años y años de cuidados asiduos, durante los cuales vuestros padres se han esforzado en armaros para que triunféis en la lucha por la vida.

Conque, ved á nuestra hormiga-león, limpia ya y reluciente, inspeccionando con atención el paisaje que la rodea. ¡Maldito, sin embargo, si se preocupa de las hermosuras de la naturaleza! En lo que piensa inmediatamente es en satisfacer las exigencias de su estómago, y como el sitio, á lo que parece, no es tal vez propicio, vedla cómo se larga, á recitones siempre, deteniéndose á veces, y volteando su cabeza al rededor de su cuello móvil, mirando á derecha, á izquierda... ¡Ah!... acaba de encontrar ya lo que necesita; el terreno es favorable... pues en él edificará sus baterías.

No la perdamos de vista ni un momento.

Mirémosla dispuesta á caminar hacia atrás, trazando con sus patas un surco que, poco á poco, va tomando la forma de un círculo perfecto.

Midamos su diámetro.

Los hay de seis centímetros, exactamente como lo representa nuestro dibujo.

Ya está terminado el círculo.

Nuestra obrera descansa un momento; luego, emprende con nuevo ardor la obra.

¡Cuán divertido es contemplarla tan ingeniosa!...

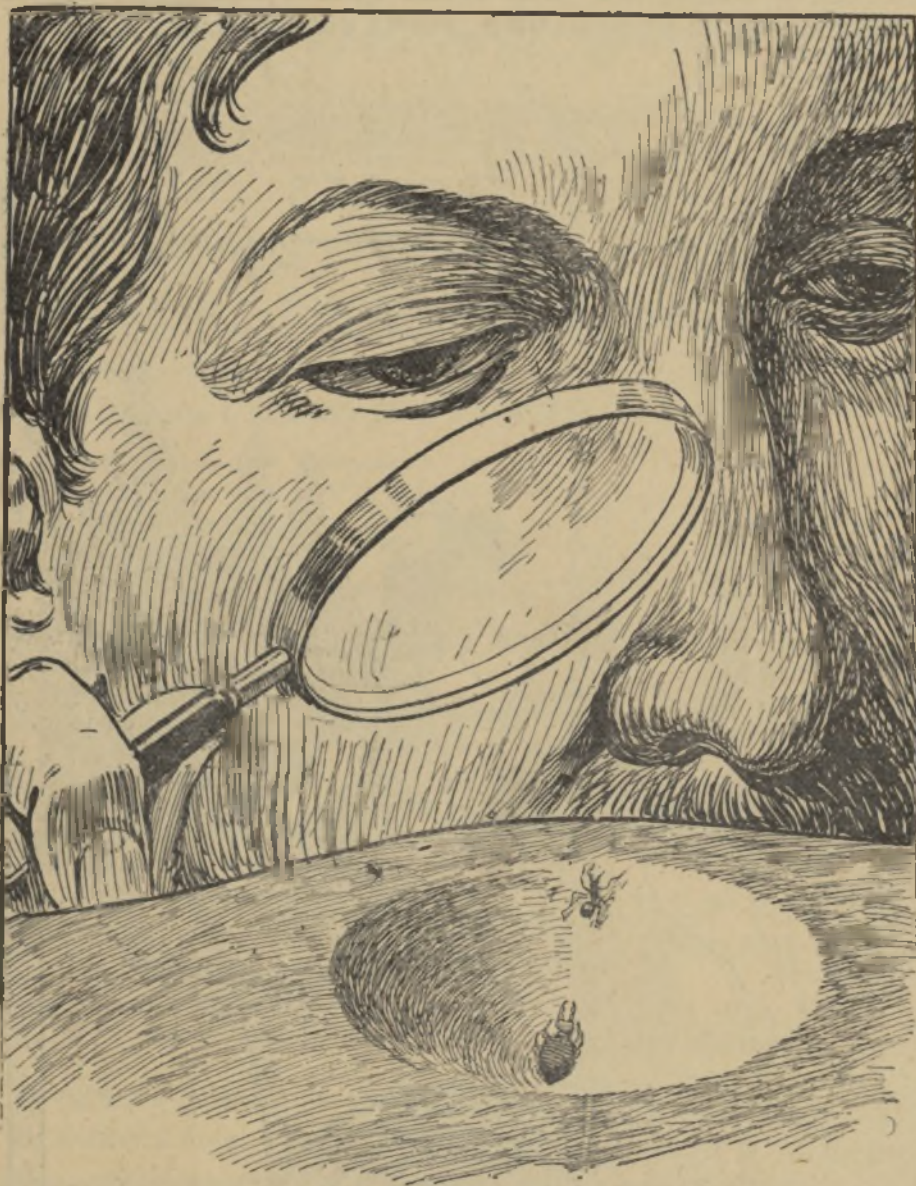
Ahora remueve la arena, lo mismo que un peón caminero revuelve poco á poco, con su azadón, el terreno que ha de excavar; luego, sirviéndose de la pala, que, en el presente caso, es su izquierda delantera, acumula un montón de escombros... ¿dónde? Os lo he dicho ya, sobre su cabeza ancha y plana.

De repente, un brusco movimiento, una fuerte sacudida, y toda aquella masa de arena depositada sobre su cabeza es proyectada al exterior, lo más lejos posible del círculo... gracias á la flexibilidad de su cuello.

Un paso atrás, y otra vez la misma maniobra, de la cual resulta un agujero que, poco á poco, se hace mayor, pero un agujero de forma particular, como si dijéramos un embudo, y si no, observad el grabado.

¡Y el embudo es perfecto! Ninguna piedra debe sobresalir en su lisa superficie!

A veces, no obstante, surge una. Nuestra



y admirables; veréis cómo los más ínfimos insectos están maravillosamente organizados, dotados de un instinto á menudo muy superior al de los animales domésticos; observaréis cómo tienen su vida propia, sus costumbres, sus talentos; cómo cumplen todas las funciones que les están asignadas y alimentan á sus pequeñuelos procurando apartarles del peligro y proporcionarles goces; y cuando vengáis en conocimiento de que en la naturaleza, millones y millones de hechos, tan extraordinarios como los que voy á narraros, acontecen todos los días... ¿qué digo? á cada minuto. sospecharéis acaso que no lo sois todo en el mundo; que, al contrario, estáis perdidos en la inmensidad, en medio de la cual, de grado ó por fuerza, llenáis el papel que el Creador os

voluminoso, guarnecido de negruzcos pelillos... ¡uf! ¡nada lindo en verdad!... En fin, unas patas largas y delgadas, muy pegadas al cuerpo, de modo que su propietario no puede moverse sino *muy lentamente y siempre reculando!*

Tal como lo veis, con su color de un gris rosado pero sucio, no es lo que puede llamarse un insecto hermoso. ni creo que por el placer de contemplarle de cerca se pongan al alcance de sus peligrosas mandíbulas las hormigas, maliciosas de suyo. ¿De qué manera, pues, nuestro insecto, goloso y ávido como es de la tierna y negra carne de aquéllas, se las compone para cazarlas? No puede rivalizar con ellas en presteza... por lo tanto, le hace falta emplear la astucia... y ya se sabe que las hormigas están

obrero, entonces, con singular encarnizamiento, la excava, la bambolea, la arranca. No es mayor que un grano de trigo, y, sin embargo, resulta para ella una espantosa carga. No puede soportarla su cabeza... Entonces deslízase por debajo, la iza con ligeras sacudidas sobre sus hombros, y luego, con grandes precauciones, pues su equilibrio es muy frágil, la sube, la sube á lo largo de la pared para transportarla.

¿Ha calculado mal sus movimientos? ¿Hace un paso en falso? La piedra, enorme para ella, oscila y cae de nuevo. Vuelta á comenzar.

Y sin descanso, obstinadamente, sin que le arredre ni venza la fatiga, nuestra hormiga-león recommienza, dos, tres, diez veces, hasta que lleva á término su trabajo.

Aquel diminuto ser que acaba de ver la luz sin auxilio alguno, sin ejemplo que imitar, guiado solamente por su admirable instinto, ha practicado en la arena un cono perfecto, de paredes resbaladizas.

Y ahora, terminada su obra, ¡vedle apostado en el fondo, inmóvil, aguardando! ¿Para qué tantos esfuerzos? ¿Qué ha de lograr con todo aquel trabajo?

Paciencia. No abandonemos la observación y acaso no tardemos en saberlo.

Efectivamente, después de largos instantes de espera, una hormiga que se dirige con una brizna de paja á su hormiguero, acércase atraída por aquella singular construcción. Ella, que es una obrera maravillosamente diestra, experimenta interés por aquel cono tan artísticamente ejecutado. Tal vez la impulse asimismo la curiosidad... para ver lo que hay en el fondo...

Lo mismo que algunos muchachos que conozco, adelanta... se atreve á mirar... inclínase...

De pronto, bajo sus patas, se desploma la frágil arena... La infeliz hormiga quiere detenerse, agarrarse de algo... ¡ah, inútilmente! y rueda al fondo del precipicio, donde su pérdida es inevitable. La hormiga-león, semioculto bajo la tierra, recibe á la imprudente entre sus dos poderosas mandíbulas, y la atraviesa, la mata, la devora...

Verdaderamente, era tiempo ya... El industrioso insecto estaba muerto de hambre y ha podido apaciguarla, aunque no del todo. Sin perder momento, carga con el cadáver, chupado ya, de la imprudente hormiga, lo coloca sobre su cabeza, y lo arroja fuera de su embudo. Y otra vez se pone en acecho esperando nueva presa.

La cual no tarda en comparacer.

Esta vez es una cochinilla. La misma fatal curiosidad incita á este insecto, como al anterior, á acercarse al borde. Como la desdichada hormiga que la precedió, inclínase, se desliza y rueda por la azarosa pendiente... Pero la cochinilla tiene conciencia del peligro que está corriendo. Antes de llegar al fondo del abismo, logra asirse á un pedazo de casquijo que hace saliente, deteniéndose en aquel punto de apoyo, y con toda la fuerza que da la desesperación, trepa á la superficie. El horror que le inspira el peligro, centuplica su vigor. Pese á la arena que resbala por debajo de ella á cada paso que da, acércase al borde... Y nuestra hormiga-león ve desde abajo, poco á poco, escapársele la presa. Correr tras ella, es inútil: la lentitud de sus movimientos no le permitiría alcanzarla.

¿Qué hace entonces nuestro cazador? Sin pérdida de momento carga sobre su cabeza una gran palada de tierra, y, con brusca sacudida y maravillosa destreza, arroja esta arma de nuevo género sobre la infortunada cochinilla, la cual, acometida, cegada por aquella avalancha, cae de nuevo arrastrada... Intenta otra vez agarrarse, afánzase nuevamente, pero una segunda lluvia de arena y de casquijo, cayendo sobre ella, la deja medio sepultada. Sofocada, aturdida, agotadas las fuerzas, la víctima infeliz se desliza por último hasta el fondo de la fatal pendiente y cae á los pies... no, en la cabeza, de nuestra hormiga-león, que la devora sin tardanza...

Pero nuestra atención está fatigada también ahora. A fuerza de permanecer inclinados así, á flor de tierra, para observar al terrible insecto, se nos están enturbiando los ojos. Así, no hemos advertido que el agujero de nuestra joven hormiga-león está ahora casi demolido por el terrible combate... por lo cual lo abandona el insecto para ir á buscar en otra parte terreno á propósito para construir una nueva trampa.

Abandonémosle á su destino. Sabemos ya ahora que la naturaleza le ha dotado de instinto maravilloso y que en adelante se bastará á sí mismo, como hubo ya de bastarse en los comienzos de su existencia. No nos preocupe su suerte.

Otro día, si no os parece mal, iremos juntos á practicar otra excursión por los dominios de los infinitamente pequeños, los cuales nos reservan sorpresas mucho más extraordinarias todavía.

ESTEBAN JOLICLER.

Se hablaba en cierta ocasión sobre la nobleza hereditaria y la antigüedad más ó menos rancia de varios apellidos:

—¿A qué no saben ustedes cuál es el apellido más antiguo? — decía un andaluz.

— Usted dirá — le contestaron.

— Pues el apellido más antiguo es *Pérez*, como que ya le llevó nuestro pae Adán.

— Pero, hombre, ¿qué es lo que usted dice?

— Lo que ustedes oyen: el Pae eterno colocó á Adán en el Paraíso, le otorgó toitos los dones de la naturaleza y le dijo lo siguiente:

«Chiquiyo, puées disponer de tó cuanto diquelas; puées jamár de cuantas frutas hay en el Paraíso que, como ves, toas son de mistó; pero mucho cuidiaito con tocar aquel árbol que ves ayí, que es er de la Fruta prohibía. Si tiés fuerza y valor pá respetar este árbol, feliz serás; si caes en la tentación, *perez* cerás.

Todos quedaron convencidos.

Un capitán de artillería dió un banquete, y convidó á un compositor de música.

Después de los postres, rogaron algunas señoras al joven compositor, que tocara algo al piano.

El artista se excusó, y entonces el dueño de la casa, que tenía el genio bastante brusco, le hizo entender que si lo había convidado, había sido con objeto de que tocara algo.

— Aquí — añadió el artillero, — cada uno debe dar una prueba de su habilidad.

— En este caso — replicó el compositor, — que empiece el dueño de la casa disparando un cañonazo.

Oyendo leer que, en un pueblo de Andalucía, se habían casado una anciana de setenta años y un vejancón de ochenta, exclamó Gedeón:

— Pues el primer chico que tengan, será de cincuenta y tantos años, por lo menos.



— ¡Buenas, señor Intendente!

¿Dió usted curso al expediente que reclama don Antero?

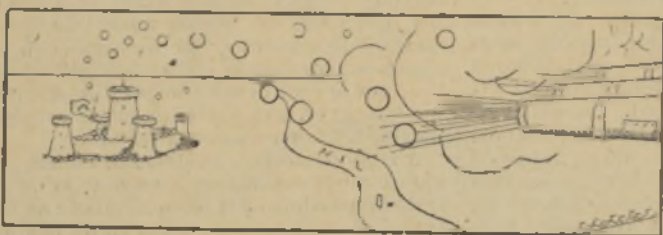
— ¡Cal! ¡si estoy muy atareado!

¡Ya ve usted, ni aun he fumado la mitad de este veguero!

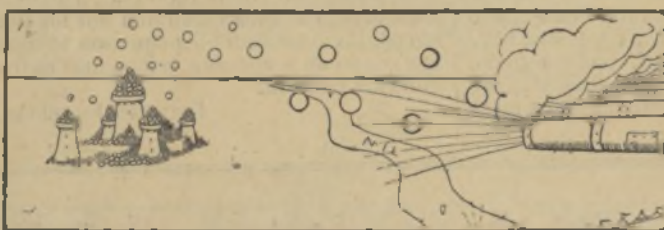
Un bombardeo, ó cómo se construyó la primera pirámide de Egipto



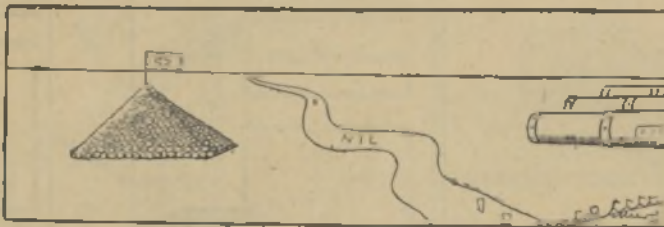
EL CAPITÁN. — Necesito rendir esa fortaleza en tres días, aunque tengamos que plantar nuestra bandera sobre un montón de piedras.



El primer día del bombardeo.



El segundo día.



El tercer día.



— ¿Crearás, yerno mío, que han temido que encerrar á Durán en el manicomio? ¿Un chico tan alegre, tan campechano... volverse loco?

— A mí no me extraña del todo; padecía trastornos cerebrales rarísimos. ¡Figúrese usted que le vi llorar en el entierro de su suegra!



Los fríos

— ¿Crees que he contraído segundas nupcias contigo por interés? Estás equivocada. Lo que lamento es la escasez de mobiliario que has traído al matrimonio. El de mi primera mujer sirvió para calentarnos todo un invierno, y el tuyo, mira, ha quedado reducido á la mitad al primer mes de los fríos.

¡Infelices artistas!



— Hubo un tiempo en que alcancé gran celebridad en mi vida de artista. La gente se apiñaba á mi alrededor, ávida de oír las romanzas sentimentales que lanzaba á los aires con mi excelente voz de barítono, y las monedas llovían que era un contento.



— Pero sucedió que, un día, la gente se enteró de que yo llevaba una vida muy arreglada, ni más ni menos que un acomodado burgués, y que iba á cobrar mis cupones con toda regularidad...



...y el público me cobró ojeriza; no solamente no me dieron ya moneda alguna, sino que me echaban de todas partes.

El vulgo no comprende que un artista pueda tener talento sin hallarse en la miseria.

— Mi capitán, ahí yega una señora que quíe verle á usted.
 — ¿Y no te ha dicho cómo?
 — ¿Cómo, cómo?
 — ¿Cómo me quiere ver?
 — No sé, mi capitán; pero me pienso que no será pintao en la pared.

— Consuélese usted, doña Antonia; verdaderamente es una gran desgracia el quedarse viuda; ¿pero qué adelanta con llorar de esa manera?

— Tiene usted razón, y por mi gusto estaría tan fresca, como si tal cosa... ¿Pero qué dirían todos los conocidos si no lloraba á mi marido en el mismo día en que ha muerto?

Al terminar unos reclutas una jornada, mandados por un viejo sargento, se quejaban del gran cansancio que sentían.

— ¡Cómo, holgazanes! — dijo el veterano: — ¿os lamentáis por haber andado seis leguas entre los cincuenta? ¿Pues qué haré yo que las he andado solo?

Un borracho, á quien su mujer reconvenía por el feo vicio de beber, contestaba severamente:

— Calla, mujer, que nunca hará el hombre tanto daño al mundo bebiendo, como la mujer comiendo; sino, acuérdate de Adán y Eva.

En el teatro:

— ¿Sabes que de buena gana me casaría con la rubia de aquel palco?

— Tiene tres millones de dote.

— No importa; por eso no había yo de desistir.

Un viudo que se ha vuelto á casar, lamenta delante de su esposa la muerte de la difunta.

— ¡Ah! — exclama la mujer; — ¡te juro que nadie siente la muerte de tu primera esposa tanto como yo!

Se habla de una señora.

— Dice que tiene treinta años.

— ¡Cá! Oculta la verdad.

— No la oculta. No hace más que disminuir.



— ¡Soberbio! ¡magnífico! ¡qué pintoresco disfraz casero! — exclaman de todos lados, cuando el riquísimo banquero Z..., acompañado de su esposa, ridículamente ataviada, se presenta en la *soirée* que da la marquesa X..., con motivo de las fiestas del Carnaval.



Lo que se ignoraba, sin embargo, era que el riquísimo banquero acababa de perder toda su fortuna en desastrosas especulaciones, y que, por lo tanto, veíase sumido en la más negra miseria, por cuyo motivo el matrimonio aprovechaba los días de carnestoiletas para ir á pillar provisiones en casa de los amigos bajo un disfraz que en las presentes circunstancias les era ¡ay! harto fácil ponerse.



— ¡Ah, ya se han acostado ustedes! ¡Perfectamente!... no se desazonen por esto... nosotros somos enemigos de ceremonias y no juzgamos á las personas por su *toilette*, sino por sus valores!...

En la horchatería:

— ¿Qué va usted á tomar?

— Cebada.

— ¿Con barquillos?

— No, con una pajita para sorberla.

— ¡Cebada y paja! Vamos, doble pienso.

— ¿Crees tú que Martínez es un cobarde?

— ¡Qué he de creer? Es un hombre que ha estado á punto de tener un duelo.

— ¿Sí?

— Ya lo creo. Llegó valientemente hasta la primera mitad... ¡Recibió la bofetada!

El comandante de un presidio, aludiendo á la costumbre de los presidiarios de protestar de su inocencia, decía la víspera del día de los Santos Inocentes:

— Mañana es el santo de todos mis pensionistas.

Entre deudor y acreedor:

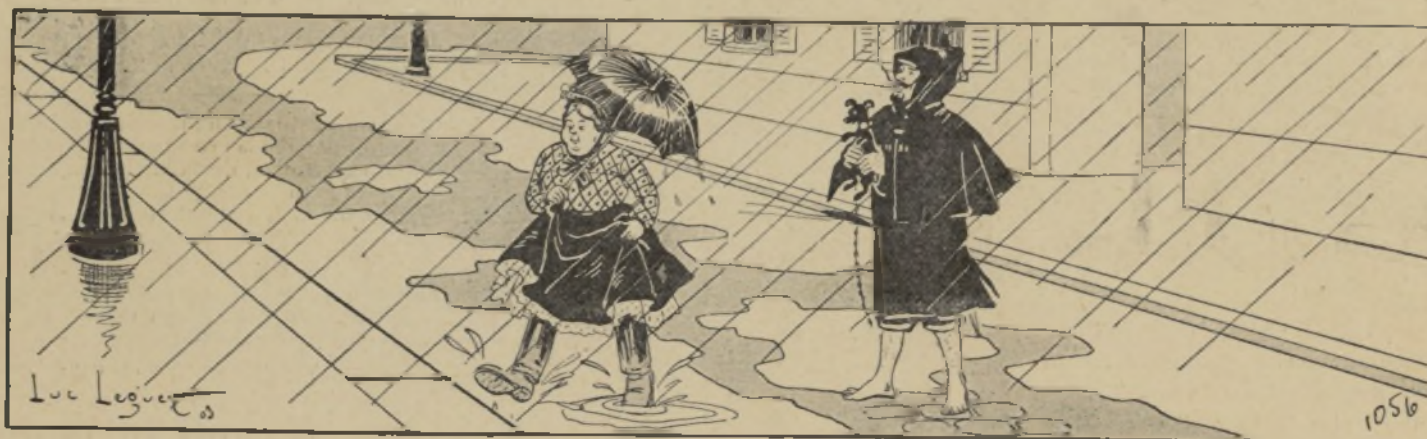
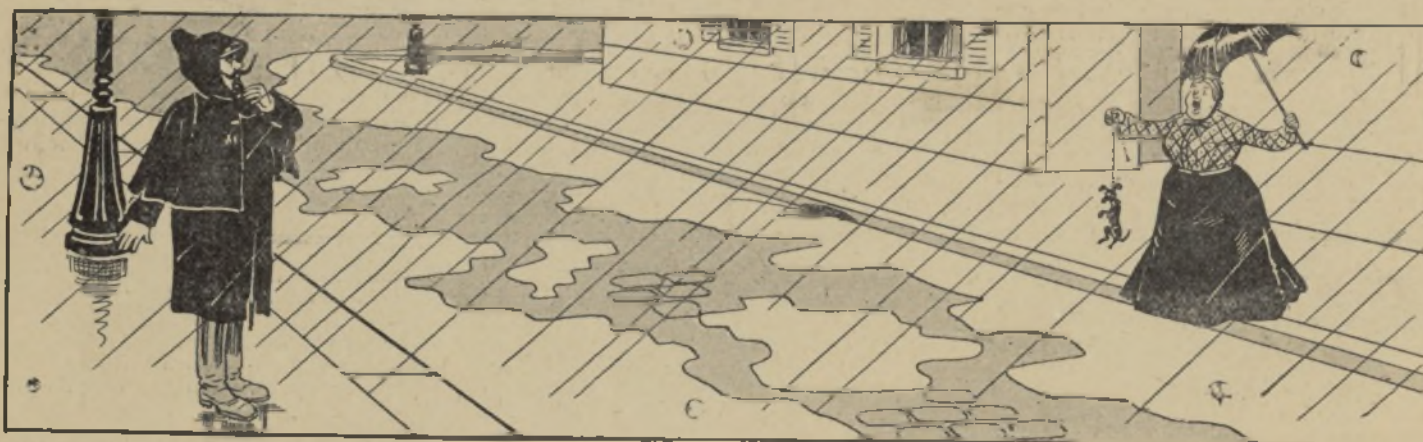
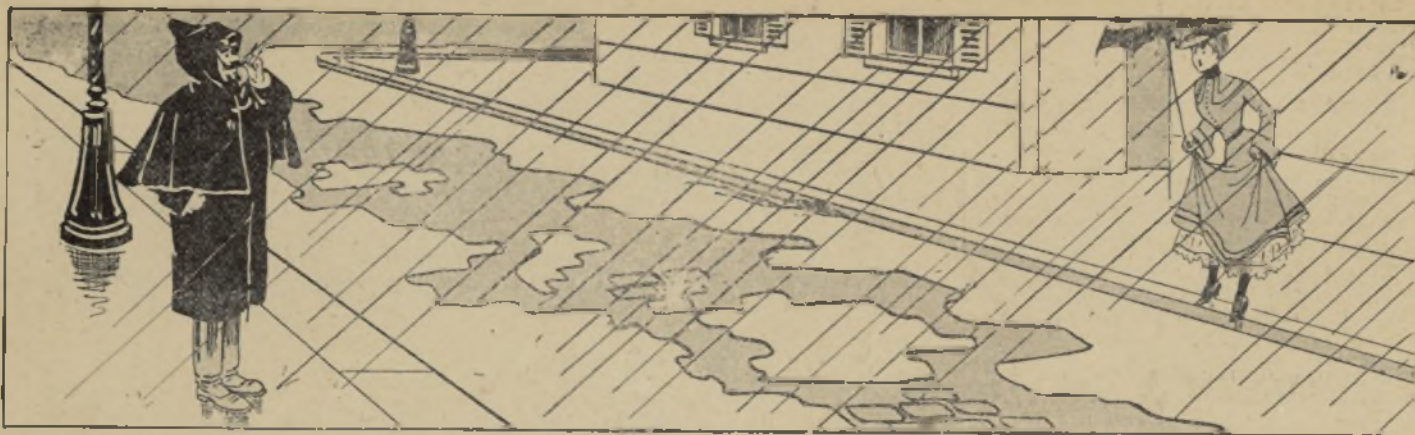
— Pero, ¿cuándo me paga usted? Yo no puedo venir á cobrarle todos los días.

— Dígame qué día es más á propósito para usted.

— El jueves.

— Bueno; pues venga usted todos los jueves.

Galantería





LA COCINERA

Antes de que sirvamos, comamos bien primero.
Aquí estamos reunidos; pongamos, pues, en orden
De un modo equitativo nuestros derechos todos.
¡Amigos, a la mesa! Ya humean los manjares.



EL LACAYO

Yo traigo para luego legítimos habanos.
Usted, tía Sempronia, reparta las tajadas.
Lili, trae los postres, y tú, sublime auriga,
El rutilante néctar escáncianos sin tregua.



RUY BLAS (mayordomo)

¡Que aproveche, señores, criados integérrimos,
Virtuosos reposteros, sensibles camareras,
Que hacéis de la cocina un nido de pillaje,
Y en medio de la juerga, os dais el gran hartazgo!



RUY BLAS (continuando)

¡Bocados excelentes... ni el rey se da tal vida!
Del Rhin los vinos llenan las relucientes copas;
Aquí el dorado pavo, allí el blanco besugo
Y mazapán y cremas, champagne, café, licores...



EL COCHERO. — ¡Basta ya, mayordomo! ¡Acaben los denuestos!
¡Ahí va mi dimisión y la de mis amigos!

RUY BLAS. — Bien está así. Largaos en el primer tranvía;
¡Memorias a los chicos! ¡Abur...



RUY BLAS

...¡Solo por fin!...

POR TABLA

En la época á que se refiere este suceso, Bernardino estaba á las órdenes de un contratista.

Este le envió cierto día á una villa cercana, comisionándole para entenderse con el síndico del municipio, pues debían llevarse á cabo grandes obras.

Allí se encontró con un competidor, llamado Silvestre, y aunque no había otro, no dejó, sin embargo, de inspirarle serios cuidados, puesto que aquél se había propuesto obtener por cualquier medio que fuese, y costase lo que costase, la adjudicación de los trabajos.

La misión de Bernardino era, pues, muy difícil de llenar; no sólo se trataba de derrotar á Silvestre, sino también de no tomar las obras á precio demasiado reducido. Las ofertas debían hacerse bajo sobre cerrado.

Por rara casualidad, ambos competidores se alojaron en el mismo hotel, y la acogida que mutuamente se dispensaron fué lo más cordial y afectuosa del mundo.

Por la tarde, después de la comida, platicaban de sobremesa sobre asuntos sin importancia, cuando Bernardino, de pronto, pidió recado de escribir, suplicando á su contrincante que le dispensase si no con-

tinuaba atendiendo á su agradable conversación, pues le era indispensable escribir una carta urgente.

Silvestre se retiró á un extremo de la sala, mientras Bernardino redactaba el pliego de condiciones.

Devorado por la curiosidad, seguía de reojo Silvestre todos los movimientos de la mano de su competidor, pues maliciaba el objeto de la carta, aunque le era imposible, dada la distancia, enterarse del contenido de la misma.

Con la mano formando pantalla delante del papel, Bernardino terminó su trabajo, metió la carta dentro del sobre y salió en busca de un buzón.

Apenas hubo desaparecido, rápido como un relámpago se precipitó Silvestre hacia el sitio en que escribía Bernardino para ver si daba con una indicación, por ligera que fuese, que le revelase la cantidad establecida por el licitador.

Sus manos tropezaron con el papel secante, enteramente nuevo, de que se había servido Bernardino, y distinguió en él claramente caracteres y cifras. Entonces, ocultando disimuladamente el papel, se lo llevó á su cuarto, y colocándolo ante un espejo, pudo reconstituir parte de la carta. Las cifras ¡oh dicha! lesíanse perfectamente. Era lo principal. Silvestre estaba loco de satisfacción. Conocía el tipo propuesto por

su contrincante, y, lo que era más, averiguaba que excedía por su elevación á lo que supuso en un principio.

— ¡Vaya, te he cogido! — dijo para sí Silvestre, frotándose las manos de gusto al pensar cómo iba á chasquear á Bernardino.

Y, á su vez, púsose á redactar el pliego, reduciendo en cien francos la cantidad propuesta por el otro.

No faltaron, naturalmente, al siguiente día ambos competidores al acto de la adjudicación; y cuál no hubo de ser la sorpresa, la indignación y el furor de Silvestre al ver que por un precio poco inferior al suyo, Bernardino adquiría el contrato de las obras!

Y, como ambos salieran á un mismo tiempo de la sala de licitaciones, quiso el chasqueado contratista saber á qué atenerse, y preguntó á su vencedor:

— ¿Pero cómo es posible que la cantidad propuesta por usted fuera inferior á la mía?

— ¿Porqué no podía ser así?

— Pues muy sencillo... porque miré su papel secante, y...

— Sucedió tal como pensé — dijo Bernardino con sardónica sonrisa; — ya con este objeto escribí la carta en presencia de usted. Pero apenas huíe salido, la rasgué y escribí otra rebajando algo la cantidad. Conque, señor curioso, sírvale esta lección de escarmiento para otra vez, y no se crea tan ladino, ni á los demás tan bobos.

Entre amigas:

— ¿Cómo te has decidido á pintarte, estando tan orgullosa de tu belleza natural?

— Tengo una razón poderosa para ello.

— ¿Cuál?

— Mi marido me ha prohibido terminantemente que me pinte.

Una viuda inconsolable:

— Sí, Ricardo ha pedido mi mano; pero al recordar á mi pobre Carlos, me negué á casarme de nuevo...

— ¿De veras?

— Es que no he concluido. Me negué á casarme de nuevo... antes de que terminase el año de luto.

Para poder juzgar del mérito y del talento de una mujer, debe esperarse á que deje de ser bonita. — *Mme. d'Arconville.*

— ¿Qué me cuenta usted, mi querida amiga? ¿Conque su nuera es tan discolora?...

— ¡Ah! no me hable usted de ella. ¡Eso no es una nuera, es un yerno!



El rastro denunciador

— Con esa manía que tiene usted de servir primero á las señoras, se olvida usted de otras personas.

— ¡Pero si he servido á todo el mundo!

— ¿Ve usted aquel caballero allá abajo? Pues á ese no le ha servido usted salsa. Y no me lo niegue, porque en el rastro lo conozco...



— ¿Al cabo del año, estará usted fastidiado de tanto tratar en cabellos?

— ¡Calle usted, señora!... ¡si se me están saliendo por la cabeza!



¡Eh, camarero, cuidado!
¿A qué rocías el cuello
De mi señora? ¡Soy yo
Quien tiene sed, majadero!

Una mujer que lo entiende



— ¡Vamos! ¡no lo decía yo! ¡esta maldita nieve ha obstruido ya el umbral de la puerta!... ¿Cómo haría para librarme de ella ó cuando menos para quitarla sin grande esfuerzo?...



— ¡Oh! ¡qué soberbia idea! (Gritando para que la oigan.) ¡Desgraciada de mí! ¡Se me ha caído el portamonedas en la nieve con cincuenta francos dentro!... ¡Ya no lo encontraré!...
(El efecto es prodigioso. Todos se apresuran á barrer la nieve del umbral de la casa.)



— ¡Esto se llama saber sacar partido de las pasiones humanas!... Ya está el umbral de mi puerta tan limpio, como la palma de la mano.



Visita Presidencial á una Exposición de Pinturas modernistas

LA PRESIDENTA. — ¿Qué haces, Emilio? ¿Por qué les vuelves la espalda á los cuadros?

EL PRESIDENTE. — Déjame; no quiero contemplar esos mamarrachos; es mucho más agradable dirigir la vista á las lindas lectoras de **El Péle-Mêle**.



La Moda

— Si el gobierno os comisionase para ir en busca de los restos de Livingstone, ¿cuál es la primera cosa que haríais al llegar al desierto africano?

— Mandar una tarjeta postal ilustrada.

Un escritor que ha prestado muchos servicios en varios periódicos como redactor... de punta, entró días pasados en el Bazar de la Unión.

— ¿Qué desea usted? — le pregunta el joven encargado de la sección de cuchillería.

— Unas tijeras.

— ¿De qué clase las quiere usted?

— ¡Toma! tijeras para escribir.

En una peluquería:

— ¿Qué va á ser?

— Córteme usted el pelo.

El oficial empieza á dar tijeretazos, y diez minutos después presenta al parroquiano un espejo, y le pregunta:

— ¿Le gusta á usted así?

— No — contesta el paciente; — déjemelo usted un poco más largo.

En un baite de máscaras:

Una señora vieja y fea, sofocada por el calor, se quita la careta en el momento en que la orquesta empieza á tocar un wals.

Un joven se acerca á ella y le dice:

— Señora, ¿tiene usted pareja?

— No.

— Pues espere usted un momento. Voy á traerle á usted una... de orden público.



Delicadeza

— ¿No te parece que si vienen á ciudad los primos Olivares, les demos para dormir la vieja cama del desván? Como es seguro que se romperá, me parece que no serán indelicados hasta el punto de no pagarnos otra nueva.



La vigilancia en los suburbios

EL RATERO (practicando una visita de inspección). — Bueno, no nos corre prisa operar aquí... parece que hoy mismo ha pasado un agente de policía... tenemos seis meses de tiempo antes no pase otro.

El conocido actor X... se ve obligado á salir á escena siempre con una magnífica dentadura postiza, porque no le ha quedado un diente. Desgraciadamente, el aparato le molesta mucho, y no bien abandona la escena, se lo quita.

Noches pasadas estaba en su cuarto, y sin recordar que había dejado sobre una butaca la incómoda dentadura, se sentó.

Un ruido estridente, seguido de un grito de dolor, alarmó á los amigos de X...

—¿Qué es eso, Fulano?— preguntó con ansiedad un antiguo compañero—¿te ha dado algo?

—Nada... es que me he mordido.

En la ruleta de Monte-Carlo.

Una señora á un joven:

—Caballero, tenga usted la amabilidad de apuntar esta moneda á pleno.

—¿A qué número?

—Al de mi edad—dice la señora, haciendo melindres.

El joven, con acento de sinceridad:

—¡Pero, señora: los números no llegan más que hasta el treinta y seis!...

Un pobre diablo, de formas hercúleas, se presenta al director de una compañía gimnástica y solicita que se le admita en clase de atleta.

—¿Ha luchado usted ya?—le pregunta el director.

—Sí, señor.

—¿Con quién?

—¡Con la adversidad!



—No hay duda que París es una ciudad hermosa, muy alegre; abundan en ella los atractivos de toda clase; los monumentos son notabilísimos; el carácter de los naturales no puede ser más *chic*; la cocina es excelente; los teatros y los mil espectáculos, maravillosos... pero, vamos, dada la fama que esta ciudad tiene y el ruido que hace en todo el mundo, esperaba cosa mejor.

La calcetera y la gamuza, ó captura fácil



La hija de don Gonzalo
Burlóse de Federico
Que, blasonando de rico,
Llevaba un paraguas malo.
Se amostazó muy en breve
El fatuo, y dijo confuso:
—Este paraguas no lo uso
Sino los días que llueve.

A. Ribot.

Un cosechero convidó á comer á varios amigos para que probasen sus vinos, y les incitaba á beber á cada momento, diciéndoles:

—Señores, el vinillo es mediano; pero, en cambio, es de mi cosecha.

Uno de los convidados, que no podía pasar un solo trago sin hacer horribles muecas, exclamó:

—Hombre, sí; pero, ¡ojalá fuese de la cosecha de otro, con tal que fuese mejor!

Se habla de los dones naturales que se transmiten de padre á hijo.

Y Alfredo dice, con la mayor sencillez:

—Sí, como á mí me ha sucedido. Mi abuelo era propietario, mi padre era propietario, y yo lo soy también.

Dos clases de lágrimas tienen las mujeres: una de verdadero amor, y otra de fingimiento.—*Pitágoras.*

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Como indicio verdadero,
Vocal en primera opino;
Dos con *tercia* es adivino
Astrólogo ó hechicero.
Mi TOTAL es amenaza
De riesgo ó enfermedad,
Atboroto ó tempestad.
Conforme pinte la traza.

ENIGMA

Procura no poseerme
Ni permitirme crecer,
Pues ó me matas tú á mí,
Ó yo á ti te mataré.

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Carbonero.

ADIVINANZA. — 1.ª semana de Cuaresma.

Imprenta de Henrich y C.ª en cia. — Barcelona

EL PÉLE-MÉLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANK
Un siglo de chéleas, por todo el mundo!
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS,
con Etiqueta en 4 colores,
análoga a la del margen, y el
Nombre del Dr. FRANK
sobre cajas azules, cuyo fac-símil
demostramos al margen.
11.50 1/2 caja (50 gr) 31. caja (105 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
barato de los Remedios
A cada caja acompaña una
instrucción detallada

EN TODAS LAS FARMACIAS.

No emplééis
sino las
PLACAS JOUGLA
Y PAPELES

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Cam-
poamor, Canovas del Castillo,
Castelar, Echegaray, Ferrat,
Mañé y Flaquer, Núñez de Arce,
Palacio, Pereda, Pérez Galdós,
Trueta y Valera.
Ilustración de los Sres. Benlliure,
Dominguez, Ferrant, Galofre,
Martínez Cubells, Más y Fontde-
vila, Mestres, Moreno Carbonero,
Pellicer, Plascencia, Riquer,
Villegas y Villodas.

NOVEA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 pts.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C., editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en
San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Elchardín L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de + Indicaciones para el
los Grandes Restau- servicio de los vinos.
rantes parisienses y
maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas
y fáciles para prepa-
rar en casa toda clase
de platos.

Grabados indicando los
trazos y clases de las
carnes de matadero y
modo de arreglar las
aves y caza para el
coccido.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar
pollos.

50 maneras de guisar
bacalao.

100 maneras de guisar
huevos.

50 maneras de guisar
patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española
por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los
Editores de esta Biblioteca,
fueron premiadas las siguien-
tes novelas:

Primer premio.

Pedro Mata.

Ganará el pan...

Segundo premio.

Mariano Turmo Baselga.

Miguelón.

Tercer premio.

Rafael Pamplona Escudero.

Cuartel de Inválidos.

Recomendadas por el Jurado.

Ricardo Carreras.

Doña Abulia.

Gregorio Martínez Sierra.

La Humilde Verdad.

Magdalena Santiago Fuentes.

Emprendamos nueva vida.

José Segarra.

Vocación.

J. Menéndez Agusty.

Marín de Abreda.

De venta en las principales li-
brerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C., Editores

BARCELONA

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA